

# PERÓN VUELVE

## Cuentos sobre peronismo

Selección de Gabriela Franco  
y Sergio Olguín

*colección andanzas*



TUSQUETS  
EDITORES

PERÓN VUELVE  
Cuentos sobre peronismo

Selección de Gabriela Franco y Sergio Olguín  
Prólogo de Reynaldo Sietecase

## Prólogo

### La tinta por Perón

Si realmente el peronismo es «el hecho maldito del país burgués», me atrevo a afirmar que su irrupción en la política puede considerarse un hecho bendito para la cultura nacional. Como lo demuestra este libro, bajo su sombra imponente se escribieron algunos de los mejores cuentos de la literatura argentina. La aparición de ese aluvión de «feos, sucios y malos» en la escena nacional en 1945 despertó cuotas similares de entusiasmo e inquietud, de felicidad y de miedo. Ya nada sería igual en el país y la confrontación atravesó todos los escenarios. Se sucedieron batallas en las urnas y hasta con las armas. Por fortuna, también se desató una guerra incruenta en el campo de la literatura, que puede disfrutarse sin lamentar víctimas.

Son conocidos los textos que presentan al peronismo como una fuerza terrible y al acecho de las libertades individuales. Se ocuparon del «monstruo»

Jorge Luis Borges —junto a su amigo Bioy Casares—, Beatriz Guido, David Viñas y Julio Cortázar, por citar solamente a los autores más notables. En algunos casos, sin siquiera nombrarlo. Son narraciones que expresan la asfixia; no hace falta mencionar la mano que ahorca. Es la barbarie que vuelve.

Con similar vitalidad creativa, existen relatos que cuentan el peronismo y a sus protagonistas desde otra perspectiva. Textos donde reinan la humillación y el desprecio, el racismo, la profanación y la violencia. Y, a la vez, la reivindicación de los principios fundamentales de igualdad y justicia social, así como la exaltación de sus figuras fundantes. En el centro de este universo literario se destaca «Esa mujer», el magnífico cuento de Rodolfo Walsh sobre la búsqueda del cuerpo de Eva Perón. La presente antología reúne una constelación de notables escritores que enriquecen con sus textos la Historia. Completan la otra cara que garantiza la existencia de la moneda.

En «Cabecita negra», del escritor y dramaturgo Germán Rozenmacher, la discriminación, el prejuicio y el temor se condensan en la noche de insomnio del señor Lanari hasta convertirse en una pesadilla. Un buen ciudadano que no dudó en «aplastar cabezas para sobrevivir» se enfrenta a sus terrores. El relato es descendiente directo de «Casa tomada», de Cortázar,

por lo que el autor no se priva de hacer una referencia explícita a ese texto inquietante. Aquí los «ocupantes» tienen rostro y pueden vengarse. Rozenmacher provenía de una humilde familia judía y su adhesión al peronismo le generó no pocos inconvenientes. *Cabe-cita negra* se publicó en 1962 y fue reeditado en distintas oportunidades. Para Álvaro Abós, quien prologó el libro en 1997, «el peronismo siempre fue para Germán el espacio de los perseguidos».

El cuento «Boulevard Perón 1974», de Eugenia Almeida, expone un entramado de rencores y revanchas. Un relato coral que, en el escenario de un edificio, reactualiza la pelea política que atraviesa a varias generaciones de argentinos. «Y ya están saltando esos negros de mierda. ¿Será de Dios que nunca podamos levantar cabeza? ¿Que cada vez que avanzamos estos vuelvan a romper todo? Una peste. Siempre se recuperan. Tendrían que haberlos limpiado de cuajo», anuncia una voz desde el 4to B. En todos los departamentos hay algo para decir, recordar o lamentar. Almeida pone en escena, con eficacia perturbadora, toda la potencia del encono y la reivindicación atravesando las paredes de un edificio. Y le da una vuelta actual: el país como un consorcio que se tolera a desgano y donde en cualquier momento puede estallar alguna forma de violencia.

«Gorilas» es uno de los relatos donde Osvaldo Soriano cuenta y se cuenta. La presencia de Perón iluminando su infancia en una familia dirigida por un padre «gorila o contrera» lo marcó de manera indeleble. El entrañable escritor marplatense dedicó algunos de sus mejores historias a ajustar cuentas con esos dos hombres fuertes. «Cuando yo era chico Perón era nuestro Rey Mago: el 6 de enero bastaba con ir al correo para que nos dieran un oso de felpa, una pelota o una muñeca para las chicas. Para mi padre eso era una vergüenza: hacer la cola delante de una ventanilla que decía “Perón cumple, Evita dignifica” era confesarse pobre y peronista», dice en «Aquel peronismo de juguete». Soriano creció en medio de esa tensión y supo convertirla en gran literatura. No era peronista, pero tampoco gorila, y llegó a comprender al peronismo mejor que muchos intelectuales y analistas políticos. Ese ejercicio lúcido le permitió narrarlo sin prejuicios utilizando las ricas historias de su mundo familiar. «Gorilas» es un ejemplo perfecto de ese esfuerzo creativo.

«*Let's talk about it*», de Alejandra Laurencich, aborda una complicación recurrente: cómo explicar el peronismo a un extranjero. Trasladar un mundo de luces y sombras, de personajes valientes y generosos y de seres oscuros y olvidables, de una mane-

ra simple. Cómo romper los prejuicios de quien no sabe nada: contar que Evita es mucho más que la interpretación de Madonna, por ejemplo. Alguien me dijo, una vez, que la palabra «Perón» es como la palabra «Dios»: se hacen las mejores y las peores cosas en su nombre. El remate es evidente y remite a la fe. «Hablar de eso» habilita el juego apasionante de la literatura. Laurencich lo logra.

En «Soy yo», Esther Cross recupera una fecha y sus efectos en el entramado social: el 16 de junio de 1955. Los bombardeos sobre la población civil en la Plaza de Mayo con el objetivo de asesinar a Perón. Esa jornada trágica, ejecutada en plena democracia, no tiene muchos antecedentes en el mundo y fue el prólogo del golpe de Estado que ocurriría meses después. El relato de Cross es tan implacable como su protagonista, una adolescente que asume la actitud revolucionaria de Evita y se dedica a implementar una modesta y valiente *vendetta* personal contra uno de aquellos pilotos que provocaron una masacre frente a la Casa Rosada. «Ahora es ella quien vive en mi alma, y en mi cara», dice la piba desafiante. «Soy yo» funciona como una metáfora conmovedora del camino que miles de jóvenes decidieron recorrer.

«Los muertos de Piedra Negra», de Abelardo Castillo, se desarrolla durante una noche de octubre de

1956, y si bien no remite a un episodio verídico, el año y el contexto elegidos lo vuelven trágicamente posible. Ese año se produjo el levantamiento cívico militar encabezado por el general Juan José Valle, que pretendía derrocar al gobierno de facto y que terminó con represión y fusilamientos. En el relato de Castillo, el coronel Lago convence a un grupo de trabajadores de una cantera, en especial a los hermanos Iglesias, «medios locos pero corajudos y peronistas», de tomar un cuartel y propiciar así un levantamiento generalizado que facilite el regreso de Perón. La lealtad y la traición son los elementos centrales de esta tragedia que funciona como espejo plano de otras calamidades y definen la relación entre Anselmo y Martín Iglesias, fascinantes protagonistas del ataque. El cuento deja en claro, además, que aquel desafío lanzado por Evita: «La vida por Perón», fue mucho más que una consigna.

«Ezeiza. Junio. 1973», de Mariana Dimópulos, gira en torno a otra fecha clave para el peronismo: el día del regreso de Juan Domingo Perón después de dieciocho años de exilio. A diferencia del cuento de Castillo, esta vez «los hermanos» se pelean entre ellos y tratan de matarse. La historia es narrada por Mario, un militante de Montoneros, que no deja de pensar en la mujer de la que se acaba de despedir, mien-



tras avanza con sus compañeros hacia la emboscada en la que se transformaría el acto en el Puente 12 de Ezeiza. La izquierda y la derecha del peronismo comenzaron allí un enfrentamiento explícito en el que el líder terminó tomando partido. En el relato de Dimópulos, Mario vuelve a encontrarse con aquella mujer y con sus fantasmas en otro momento y en otro lugar. Comprenderá que, aunque prefiera olvidar, no se puede.

«Mata-Hari 55», de Ricardo Piglia, comienza con una cita de su autoría que funciona como anuncio y advertencia: «La mayor incomodidad de esta historia es ser cierta. Se equivocan los que piensan que es más fácil contar hechos verídicos que inventar una anécdota, sus relaciones y sus leyes». Es una trampa perfecta que hace imposible escapar del código propuesto. Piglia va más allá en su defensa de la veracidad: «He preferido transcribir casi sin cambios el material grabado por mí en sucesivas entrevistas –avisa—. La lealtad del Grundig W2A portátil sirve como testigo de la verdad de este relato». La historia transcurre en «julio y agosto del 55, unos días antes de la revolución», y los protagonistas son jóvenes de la Universidad de Buenos Aires dispuestos a contribuir al derrocamiento de Perón.

El autor de *Respiración artificial*, entre otros libros memorables, presenta a una singular «espía» que

acepta volver a acostarse con un peronista, con el que había tenido una relación anterior, para contribuir con los planes de la organización en la que participa su novio. Ella no tiene nombre, aunque se mencionen varios, y por eso el título del cuento remite a la bailarina holandesa que espío para los alemanes en la Primera Guerra Mundial. El 55 completa el juego de las referencias: es una Mata-Hari nacional. «El grabador» de Ricardo Piglia pone en escena la conspiración contra el gobierno peronista y el rol que tuvieron sectores universitarios en su caída. Nada más real que una buena ficción.

Como en el cuento de Esther Cross, en «Evita Capitana», de Inés Garland, la pequeña protagonista nutre sus sueños con la fuerza magnética de Eva Perón. Es el hada buena a la que se le puede implorar ayuda y justicia. No quiere defraudarla: «Evita podría enojarse porque ella no es lo suficientemente valiente. ¿Cómo va a guiar al pueblo algún día si no puede dormir sola?, le dijo su papá cuando ella le contó que quería ser como Evita». La niña es testigo de la militancia alegre de sus padres, las pintadas en las paredes y las movidas que se organizan para burlarse de la policía, pero también de la angustia y el miedo cuando se desata la represión. No hace falta que los cazadores aparezcan en escena para que el

lector perciba la amenaza. ¿Desapareció el vecino del quinto piso? El 55 quedó atrás y es otra generación la que se mueve con la idea de «Evita Capitana». El miedo es el mismo.

«Conocí a Evita en un hotel del bajo», así comienza «Evita Vive», de Néstor Perlongher. El cuento escandalizó de manera transversal a peronistas y anti-peronistas. Evita no aparece como la abanderada de los humildes, ni como la militante combativa, sino como una mujer dedicada al sexo, la droga y el descontrol. Una Evita que baja del cielo para copular y mezclarse con travestis, marineros y putas. Perlongher, poeta, sociólogo y antropólogo, fundador y referente del Frente de Liberación Homosexual, desafía todas las convenciones ubicando a Eva Perón del lado de minorías avasalladas y perseguidas por su elección sexual o sus adicciones.

El texto fue escrito en 1975 y se publicó primero en inglés, en una revista del movimiento gay, y vio la luz en Argentina en 1989 en la revista *El Porteño*. Era el único relato de ficción en un *dossier* titulado «El peronismo como vendaval erótico». Esa imagen de una Eva reventada fue tan inaceptable para los peronistas como ideal para los conservadores. El diario *La Nación* publicó el cuento como un artículo que revelaba «aspectos desconocidos de la vida de

Eva Perón». Lo que llevó a los editores de *El Porteño* —que recibieron amenazas de todo tipo— a tener que aclarar en el número siguiente: «“Evita vive” de Néstor Perlongher es un cuento, mal que le pese a *La Nación*». Es una ficción irreverente, que sigue desafiando a los censores morales y que pide humor e inteligencia en su lectura.

«Hacia un mundo mejor», de Ángela Pradelli, es una historia mínima de extraordinaria potencia. Una nueva intersección cruza a Evita con una niña. El cuento de Pradelli remite a los juguetes y las consignas que atravesaron a muchas infancias durante el primer peronismo. A diferencia de los relatos de Soriano, donde un padre gorila entendía los regalos oficiales como una limosna vergonzante, aquí hay una madre que valora el voto femenino y escucha los radioteatros donde actúa Eva Duarte en su modesta casa de Floresta. Y esa conexión afectiva que desde la radio arrulla a madre e hija se tornará poderosa. Eva está tan lejos y tan cerca que se la puede encontrar en el buzón de la esquina.

«Casi toda escritura nace del tormento de algún recuerdo», dice Tomás Eloy Martínez en el primer párrafo de «Colimba». Una manera amable de mostrar sus cartas antes de ejecutar el truco de magia. El relato es una ficción autobiográfica. Se publicó ini-

cialmente en el *New York Times Syndicate*, donde el autor de Santa Evita colaboraba, con el título «Primavera del 55». El cuento recupera una historia personal de su paso por el ejército argentino justo en un año donde se reiteraron las revueltas contra Perón y, finalmente, su derrocamiento. «Yo no entendía muy bien por qué mi familia odiaba a Perón ni por qué otros lo querían tanto. Lo único que entendía era que el golpe militar de setiembre había dado felicidad pero también desdicha, y que por mí no pasaba ninguno de esos sentimientos». Ese colimba triste y confundido es convocado junto a su batallón (la mayoría, reclutados en la universidad) para detener a los tiros una movilización de obreros que avanza cantando «la vida por Perón». Obedecer o no a una orden inmoral, esa es la cuestión.

En «Digamos boludeces», José Pablo Feinmann plantea el reencuentro de un grupo de ex compañeros de la Facultad de Derecho con pasado militante. En una parrilla de San Telmo comen y se emborrachan, mientras repasan los nombres de los compañeros que no sobrevivieron: «El que no está aquí, boleto», concluyen. La tensión se instala con la llegada del quinto de la mesa: Carlitos Badalucco, que estuvo «muy metido» y, por lo tanto, ninguno entiende por qué no fue «boleto». Aparece una propuesta a la

medida de la liviandad con la que están evocando aquellos años: «Digamos boludeces». Se abre así una puerta para burlarse del pasado y de las viejas consignas enarboladas por una generación. «¡Putá madre, no haber leído a Lipovetsky en los 70!», se lamenta el personaje que narra la escena, en referencia al filósofo francés que escribió, entre otros temas, sobre el individualismo narcisista y la posmodernidad. Solo Carlitos Badalucco no se ríe y, como escribió el poeta Torquato Neto, se atreve a «desafinar en el coro de los contentos».

«La muerte de Selva y el Diablo Coludo», de Ana María Shua, narra el conflicto intrafamiliar que, por razones políticas, marcó con sus infinitas variantes los años setenta. Hay un Diablo Coludo, como denominan al gran innombrable, y un Ángel Aramburu, quien terminó ajusticiado por la juventud coludista. También una joven militante que se reconoce más en la identidad elegida en su organización que por la que luce en su documento. Ese nombre de guerra indica un nuevo nacimiento por decisión propia. Es una manera simple de asumir los riesgos. La madre le dice a su hija que prefiere darla por muerta y llorarla antes que saber que se está jugando la vida. Eso le dice con la clara intención de que la elija por sobre sus principios. No comprende

que es una decisión imposible de tomar sin consecuencias. El sorprendente desenlace cruza destino y azar y se acomoda mejor a los deseos de esa mamá preocupada. El relato de Shua aporta la necesaria cuota de incomodidad que el lector agradece.

Este libro propone un recorrido apasionante. Solo me queda invitarlos a disfrutar cada una de sus estaciones. Al talento de las autoras y los autores seleccionados, se suma una paleta de temas y registros que nos interpela. La ficción no necesariamente contradice a la realidad, a veces la completa. Puede, incluso, tener un efecto restaurador. Hay lecturas que pueden convertirse en un saludable ejercicio de memoria.

REYNALDO SIETECASE